

# A la escuela vas tú

**Texto:** Sandra Gómez

**Ilustraciones:** Estudio Nimau.  
Ilustración infantil y juvenil



**H**abía una vez un niño normal. Vivía con su padre en una casa normal. Se vestía con ropa normal. Y jugaba a cosas normales.

Subía a los árboles, y miraba boquiabierto, en el interior de los nidos, los pollitos que salían de los huevos.

Reseguía los dedos de su mano con una tiza, y la dibujaba por las paredes del barrio, como un artista de la calle.

Prestaba atención a las cosas importantes: que si el perro de la vecina hace pipí levantando sus dos patas traseras; que si el pelo se puede teñir de azul, va papá, déjamelos teñir; que si los presentadores de las noticias no tienen piernas. Y así siempre.

Por la noche le daba pereza irse a dormir pronto, pero se iba; y por la mañana le daba pereza levantarse pronto, pero se levantaba.

Se llamaba Biel, tenía 8 años, y era un niño normal. Tan normal que, después de las vacaciones, no quería volver al colegio. Cuando volvía, sin embargo, se lo pasaba muy bien.

—Entonces, Biel, ¿por qué no quieres volver? ¿Cuál es el problema?—le preguntó su padre, mirándolo con tal cara de sorpresa que parecía que hubiera visto un cerdo volador de colorines.

El padre de Biel se llamaba Tom. Era un padre muy hablador, muy gentil y paciente.

Lo había leído en el manual de entrenamiento *Cómo ser el padre perfecto en 5 pasos*, del doctor y cantante de boleros Lucio A La Barttoli. Así pues, hablador, gentil y paciente. Tom lo seguía todo paso a paso. O hacía lo que podía.

—Te escucho, Biel. Venga, explícame por qué no quieres volver a la escuela—insistió—. Piensa que te reencontrarás con tus amigos y con la señorita Magí.

La señorita Magí era tan simpática y guapa. Tan guapa y simpática. Y las cosas más raras las explicaba tan bien, que los niños de la clase estaban enamorados de ella. Y las niñas también.

—¡La simpática señorita Magí, eh, Biel! ¡La guapa señorita Magí! ¡Ueeeh! —dijo Tom, con un tono meloso y bromista, mientras hacía un movimiento de cadera sinuoso y ridículo.

¿Qué le importaba a él la señorita Magí? Biel no quería ni oír hablar del hecho de volver a pisar la escuela. Se tapó las orejas. “Si no escucho a mi padre, será como si fuera mudo” — pensó.

Pero no. Cuando a los padres (y, por supuesto, las madres) se les mete en la cabeza hablar de un tema son más imparables que el Monstruo de las Galletas comiendo galletas.



—Tengo una idea —dijo el padre—, ahora mismo los dos prepararemos juntos la mochila del cole. **Pondremos las mínimas cosas para que no pese y no te te haga daño en la espalda.** ¡Vamos!

Pero Biel no se movió del sofá. Dejó de taparse los oídos para taparse los ojos con las manos. “Si no lo veo, mi padre desaparecerá, y me dejará tranquilo. Que funcione, que funcione...” — repitió mentalmente unas cuantas veces.

Pero tampoco funcionó. Tom ni desaparecía ni se callaba. Y Biel estaba de un humor de perros. Se levantó del sofá y empezó a ladrar.

—Nunca volveré a la vida horrible de la escuela. Hacer cada día lo mismo es muy aburrido. Si me haces volver, me declararé en huelga de hacer los deberes. Y me encadenaré a la cama para que no puedas hacerme levantar pronto — dijo Biel, con la cara roja como un tomate.

—Si no madrugas te perderás nuestros buenísimos desayunos —respondió el padre—. Mira Biel, **me hace mucha ilusión pensar en las actividades nuevas que harás, las excursiones y en todo lo que aprenderás.** Y te ayudaré con los deberes, como siempre. ¿Te acuerdas de que el curso pasado ya nos lo pasábamos muy bien estudiando juntos? Ah, y **todos los días iré a buscarte,** y de camino a casa me explicarás todo lo que hayas hecho. Y a la hora de merendar...

—¡A la escuela vas tú!—ladró Biel, interrumpiéndole, enseñándole los dientes y poniéndose de pie.

—Pero hijo... —respondió Tom mientras se le acercaba para calmarlo.

Pero Biel, enfurecido, le dio una fuerte patada a su padre en la rodilla. Tom gritó de dolor, y el niño se fue corriendo y se encerró en su habitación.

—¡Castigado sin cenar! —bramó Tom, muy irritado.

Biel ya no salió de la habitación. Se fue a dormir sin cenar. El siguiente era el primer día de escuela, y no se había preparado la mochila, ni los libros, ni el estuche nuevo, ni nada de nada.

De madrugada, se despertó. Sus tripas gruñían de hambre. Se acordó de la caja de galletas que había en el armario de la cocina, y se levantó. Pero al pasar por delante de la puerta del cuarto de baño se fijó en que, por debajo de la puerta, se veía luz.

De repente, le pareció oír un ruido y, al pegar las orejas a la puerta, escuchó un pequeño sollozo, muy flojito. “¿Papá está llorando en el lavabo?” se preguntó aguantando la respiración. Y sí, lo volvió a oír: un sollozo flojito pero muy claro.

Biel se asustó y corrió hacia su habitación. Se metió en la cama y se tapó con las sábanas, cubriéndose hasta encima de la cabeza. Parecía un fantasma acostado, y tenía mucho miedo.

“¡Qué fuerte! ¡Papá está llorando!” pensó, “pero, los padres nunca lloran. ¿O sí que lloran?”, se preguntó un poco confuso. “Ya lo entiendo: lo que pasa es que papá tampoco quiere volver al trabajo mañana; por eso llora”, pensó convencido de haber entendido la situación. “Un momento, ¿y si llora porque le duele mucho la rodilla por culpa de la patada que le he dado?”, se dijo empezando a sentirse muy triste. “Claro, debe llorar también por eso”. Y dándole vueltas y más vueltas, Biel se sintió muy arrepentido de su mal comportamiento.

La mañana siguiente Tom se levantó temprano. Estaba cansado: había dormido poco. Pero cuando salió de la habitación se encontró con algo extraordinario: la mesa del comedor estaba puesta y el desayuno listo para empezar a comer. Un plato lleno de fruta; tostadas de pan, la mantequilla y el bote de cristal de la mermelada; dos tazas de cereales; leche fresca; el paquete de jamón cocido y del queso; y el café de Tom en una tacita, caliente y todavía humeando.



Tom no podía creérselo. En una silla, su maletín del trabajo estaba preparado. Y en el sofá, sentado, Biel, bien limpio y peinado y listo para ir al colegio con la mochila a punto.

—¿Lo has hecho tú Biel?— preguntó Tom. Estaba tan aturdido que no se dio cuenta de que acaba de hacer una pregunta muy tonta. ¿Quién más lo podía haber hecho si no Biel, si sólo vivían ellos dos en casa? ¿Pérez, el ratoncito de sus sueños? ¿La Bruja aburrida y las tres mellizas? Claro que no. Había sido Biel. Lo había hecho él solo.

—Papá, ¿desayunamos? Tengo mucha hambre. Anoche no cené, ¿te acuerdas?

—Criatura, y tanto. Por favor desayuna ahora mismo. No puedes ir a la escuela sin desayunar.

Biel y Tom se sentaron y desayunaron juntos. Lo hacían siempre. **Era fantástico empezar el día con un ratito para comer, y estar juntos.**

—Papá, te he ordenado el maletín del trabajo. Lo he vaciado de todos aquellos libros que decías que ya no necesitas. No puedes llevar el maletín tan cargado. Pesa demasiado. Y si lo cargas tanto te acabará doliendo la espalda.

—Es verdad, hijo —respondió Tom, sorprendido del nuevo comportamiento de Biel.

—También he decidido que hoy te vendré a buscar al trabajo. Cruzaré la calle con mucho cuidado y estaré en tu consulta cinco minutos después de salir de la escuela.

—Allí te esperaré, Biel.

—Y ánimos. No estés triste por volver al trabajo. Piensa que te reencontrarás con los pacientes.

El padre de Biel era médico. Atendía a los enfermos con mucho cuidado y amabilidad. Era un médico normal, un muy buen médico.

—De acuerdo y gracias por el desayuno. Me has animado mucho, esta mañana.

Se apresuraron para llegar puntuales a la escuela y al trabajo. En la puerta del colegio se despidieron con un beso. Biel iba a entrar. Pero antes de hacerlo giró la cabeza hacia su padre y corrió hacia él como un rayo. Le saltó encima y lo abrazó con todas sus fuerzas. Mientras lo abrazaba le dijo al oído:

—Perdón por la patada en la rodilla. No lo volveré a hacer —y añadió—, y no te preocupes, no te he oído llorar esta noche.

Biel saltó al suelo y se fue corriendo lanzándole un beso al aire con la mano, sin darse la vuelta.

—¡Hasta luego, papá!

—¡Que te lo pases muy bien, Biel!

Tom cruzó la calle. Tenía la consulta justo en el edificio de enfrente de la escuela. Las horas le costarían de pasar en aquel primer día antes no volviera a ver a Biel, y le explicara lo bonito que había sido volver a la escuela después de las largas, largas vacaciones.

# Fin

# FAROS

*La guía de la salud y el bienestar para tus hijos*



**Los cuentos de la abuela** es un recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de su página web (<http://faros.hsjdbcn.org/>) con el objetivo de fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.

**Sant Joan de Déu**   
HOSPITAL MATERNOINFANTIL - UNIVERSITAT DE BARCELONA